

GLOBALIZACIÓN Y PROBLEMÁTICA ÉTNICO-NACIONAL

Zidane Zéraoui¹

Desde el siglo XIX se ha anunciado, recurrentemente, la crisis del nacionalismo y su próximo fin². Con el derrumbe del bloque soviético y la globalización de finales del siglo XX, de nuevo, la cuestión étnico-nacional regresa como una problemática central en la vida política internacional. Lejos de desaparecer, la cuestión étnico-nacional ha resurgido como punto toral de los conflictos de finales de siglo. De la misma manera, la cuestión del Estado-nación se ha recrudecido y de nuevo hablamos del fin, pero del Estado-nación o por lo menos del surgimiento de nuevas funciones para el Estado³.

En efecto, "el problema del Estado se halla en el centro del debate de las políticas neoliberales (de la década de los años noventa), pues éstas han tendido a reconvertir a los viejos Estados nacionales, sustentados en la tutela de los derechos sociales y de las políticas de bienestar, en Estados subordinados a los centros de poder financiero internacional y funcionales a las nuevas políticas que tienden a la reducción del ser humano en función de los intereses económicos de las grandes corporaciones. El desmantelamiento del marco constitucional y jurídico de los países para suprimir de éste los derechos de la Nación sobre el subsuelo y el espacio aéreo, las antiguas formas de tenencia de la tierra, las garantías de los trabajadores y de los sindicatos (del salario mínimo remunerador a los contratos colectivos de trabajo), los sistemas de seguridad social o las universidades públicas está teniendo efectos que aún no es posible predecir"⁴.

Más que lamentarse sobre formas pasadas de organización social, se trata de analizar el impac-

to de los cambios actuales sobre la problemática étnica y el futuro del Estado. No se trata simplemente de una nueva forma de dominación del mundo desarrollado sobre las naciones periféricas, sino de un cambio radical en la forma de concebir el papel del Estado en un mundo globalizado, en la "aldea global" para retomar la expresión de Mac Luhan. Cada vez más, el Estado territorial nacido del derrumbe del sistema feudal europeo no tiene la capacidad de enfrentar las nuevas tareas globalizadas tanto a nivel económico (flujos financieros mundiales, transnacionalización del sector productivo, etc.) como de los fenómenos terroristas, comunicativos (Internet) o ecológicos que plantean una respuesta global.

La celeridad del proceso moderno ha trastornado la idea tradicional de la vida dentro del espacio "nacional". Los intercambios transfronterizos y la globalización de las comunicaciones están eliminando la noción de territorialidad, heredada de la paz de Westfalia de 1648. Una nueva idea de Estado y de nación está emergiendo.

En su obra escrita en 1952, Jean Gottmann decía que "lo que hace la unión de los individuos o de las comunidades que conforman una nación, es la vida en común, en un espacio compartido en donde la gente externa es extranjera. La vida en común crea intereses nacionales, un concierto de intereses, costumbres y creencias comunes. Se utilizan poco a poco los mismos productos, porque los circuitos son los que organiza, mantiene y delimita la economía nacional. Creemos en las mismas glorias nacionales, adoptamos los mismos prejuicios, sobre todo frente a las personas de otros países...En todo este patrimonio común,

la parte más importante parece ligada a características culturales o espirituales"⁵.

La concepción de un mercado nacional, de fronteras, de lo interno y de lo externo están cambiando drásticamente, hasta diluir la separación entre lo nacional y lo internacional. El principio de delimitación territorial por la economía nacional está rebasado por los flujos financieros internacionales y la liberalización económica que debilitan a la idea del mercado nacional. El Estado-nación surgió, respondiendo a las necesidades del capitalismo mercantilista. Su enfoque principal fue consolidar un mercado nacional frente a la competencia inter-imperialista del siglo XVII. La protección de las economías nacientes fue decisivo para crear las bases de la revolución industrial del siglo siguiente. Con la transnacionalización actual, las fronteras nacionales no permiten crear un espacio competitivo. La búsqueda de megamercados se vuelve una condición sine qua non para enfrentar los grupos mundiales. Las fusiones entre empresas gigantes responden a los retos tecnológicos de incrementar la productividad a nivel mundial, bajando los costos. Los productos han dejado de ser nacionales. Las comunicaciones se han mundializado sin la interferencia gubernamental (medios electrónicos). Al mismo tiempo, las comunidades frente a la mundialización están recurriendo cada vez a la regionalización de su identidad. Su identificación se orienta hacia la consolidación de las regiones, frente al ideal del estado-nación. El Estado posfeudal no está respondiendo a las exigencias del siglo XXI.

Los cambios actuales han modificado principios decimonónicos que arrastramos desde el surgimiento del Estado-nación. La concepción de territorialidad nació con el capitalismo primitivo del siglo XVII, conjuntamente con la nación y el Estado, pero el capitalismo de finales del segundo milenio propone nuevas nociones en donde la territorialidad está exenta. Los conceptos de transnacional o transfronterizo se vuelven las piedras angulares del nuevo sistema mundial.

Desde el derrumbe de la Unión Soviética, los procesos mundiales se han acelerado. El fin de la Guerra Fría no ha, sin embargo, provocado los cambios actuales, sino que ha despertado las

contradicciones existentes y marginalizadas durante la bipolaridad, en particular el problema étnico-nacional. Además, los procesos de integración supranacional, básicamente la Unión Europea, conllevaron a acelerar la desintegración estatal fundada a raíz de la Paz de París de 1919 en el viejo continente. Así, el Estado-Nación tradicional está hoy en crisis pero el nacionalismo o el etnonacionalismo ha recobrado fuerza desde el fin de la década pasada.

En efecto, en el último trimestre de 1989, el mundo veía como se derrumbaba, como un castillo de naipes, el ex-bloque socialista. En tres meses, los países del CAME⁶ se desmoronaron. Las revoluciones de "tercio pelo" llevaron al poder a los elementos derechistas, en particular cercanos a la democracia-cristiana. La euforia de los primeros meses cedió el paso a la compleja realidad de Europa central. Por un lado, el paso a una economía de mercado se enfrentó a las viejas estructuras del socialismo real burocratizado y a la ausencia de un flujo masivo de capitales para promover el crecimiento de los países. Por otro lado, la desaparición de la contradicción este-oeste hizo resurgir la cuestión nacional (en la ex-URSS, en la ex-Yugoslavia y en la ex-Checoslovaquia, en particular) opacada por décadas de sistemas autoritarios.

En Europa occidental, los Estados constituidos veían también sus estructuras cuestionadas por un reclamo autonomista (Lombardía en Italia que el 15 de septiembre de 1996 proclamó simbólicamente la creación del Estado de Padania, la zona flamenca en Bélgica, el país Vasco y Cataluña en España).

En África (Ruanda, Liberia, Somalia, Etiopía, Zaire, etc.), la cuestión étnica regresó como principal fuerza política del continente, derrumbando a los gobiernos ligados a la Guerra Fría (Siad Barre en Somalia, Mobutu en Zaire, Mengistu Miriam en Etiopía, etc.) o simplemente provocando una rebelión étniconacional como en Liberia, los Tutsis en el Kivu (Zaire).

La coincidencia de los acontecimientos nos plantea una revisión teórica y metodológica de la cuestión nacional marginalizada durante la bipolaridad y un cuestionamiento del llamado Estado-Nación.

1. ACERCAMIENTO CONCEPTUAL

Para acercarnos a la problemática nacional, debemos analizar la cuestión desde diversos niveles: el primer nivel es la estructura interna de los Estados, el segundo, la visión global (los sistemas internacionales) y finalmente los procesos integracionistas regionales.

En primer lugar, debe revisarse el concepto tradicional de Estado. Este término encierra varias acepciones:

- a) la expresión geográfica de un país,
- b) las instituciones políticas de un gobierno,
- c) el instrumento de una clase en particular y
- d) la relación intangible entre la sociedad civil y el gobierno⁷.

El estudio del Estado nos remite a sus características, en particular a sus funciones básicas. Para lograr su estabilidad, una sociedad debe

- 1) construir las estructuras estatales: a) una Constitución, b) las instituciones de poder (legislativo, ejecutivo y judicial), independientemente si están autónomas o concentradas en un sólo órgano, c) un medio para promover las ideas políticas (multipartidismo o propaganda unipartidista), d) el control de las fuerzas de coerción,
- 2) tener el control de las funciones básicas como los flujos financieros, los intercambios comerciales, el circulante monetario y la política exterior y
- 3) la legitimidad política: un proceso de legitimización (elecciones por ejemplo) y el uso de la identidad nacional como elemento movilizador de la nación.

Las estructuras estatales desarrolladas a partir del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, no han variado mientras que las funciones básicas a raíz de los procesos de globalización se han modificado drásticamente. Cada vez más, los Estados no logran cumplir con sus funciones tradicionales y tienen que otorgar hacia arriba (los organismos internacionales) prerrogativas básicas y hacia abajo (a las regiones) amplios poderes.

Por otra parte, el derrumbe de la estructura internacional no provoca sistemáticamente la crisis de los Estados. Para poder tener un efecto sobre las naciones, éstas deben carecer de un integración nacional adecuada. Para eso, podemos utilizar la metodología behaviorista de Karl

Deutsch⁸ que propone los conceptos de:

- 1) Estructura general: vías de comunicación, población, religión, mercados, etc.
- 2) Comunicación: Key-markets, medios de comunicación de masas (radio, televisión, periódicos), correo y teléfono (hoy también el correo electrónico) y los medios electrónicos, etc.
- 3) Movilización: Efecto de demostración o impacto de la modernización, medios masivos de comunicación, monetarización, difusión del alfabetismo, urbanización, trabajo asalariado, migraciones internas o externas, movilidad social, etc.
- 4) Asimilación: Costumbres lingüísticas y culturales, aprendizaje del "idioma nacional", frecuencia y alcance de la comunicación, recompensas materiales de la asimilación, valores recibidos, identificación a los símbolos nacionales, etc.⁹

Los cuatro postulados planteados por Deutsch nos permiten analizar la integración nacional de los Estados. Podemos constatar que en realidad solamente un 9.2% de los 186 países existentes en 1992¹⁰ responden a la idea de un Estado-nación totalmente integrado. La gran mayoría de los países han surgido alrededor de una hegemonía de un grupo mayoritario o minoritario (en más de la cuarta parte de los Estados actuales, es una minoría que tiene el control político) que ha impuesto sus valores (en el sentido de Deutsch) al resto de la población¹¹.

A pesar de que el término nació en la Europa occidental del siglo XVIII, en Francia y Gran Bretaña, estos dos países no constituyen Estados-naciones en el sentido estricto del concepto. En Francia, los bretones, los corsos y los vascos plantean una autonomía interna mientras que en Gran Bretaña, la guerra civil de Irlanda del norte revela la profundidad de los desequilibrios de la isla. Esta fragmentación de los Estados es generalizable a la gran mayoría de los países. Solamente 17 países en el mundo pueden considerarse como homogéneos, pero la mayoría de ellos constituyen los pequeños Estados isleños (Pacífico) o nórdicos. La estructura heterogénea de los Estados ha pasado desapercibida por el discurso nacionalista utilizado durante décadas por los líderes estatales.

Si analizamos cada uno de los Estados tradicionales, las diferenciaciones étnicas, regionales,

lingüísticas, de asimilación o de movilización nos presentan un panorama complejo en donde la integración nacional se ve debilitada por esta diversidad cultural o política. Es precisamente sobre esta realidad que van a actuar las dos fuerzas desintegradoras: el fin de la Guerra Fría y los procesos integracionistas. La bipolaridad desplazó, durante casi medio siglo, al elemento nacionalista como variable independiente, mientras que la integración supranacional vino a debilitar los ténues lazos nacionales existentes.

2. LOS SISTEMAS DE TRANSICIÓN

A nivel global, el mundo transitó en 1989 de un sistema bipolar flexible, utilizando la terminología de Kaplan¹², a una nueva estructura aún no claramente definida. El momento actual puede analizarse en términos de período de transición dentro de la concepción mandeliana: para Mandel, los modos de producción de transición (mercantilismo, socialismo, etc.) se definen por ser inestables y tener leyes de los modos de producción anterior y superior y por generar sus propias leyes. Dentro del enfoque sistémico, es necesario introducir también la concepción de los sistemas de transición: una estructura internacional inestable, marcada por el sistema anterior y que prepara el siguiente sistema, pero definida también por sus propias leyes.

El mundo de hoy está transitando de un sistema bipolar flexible (1985-1989) a una nueva estructura internacional que tendría varios actores regionales: América del Norte, Unión Europea y la zona asiática. Sin embargo, en este período de transición, la ausencia de una de las dos superpotencias de la época de la Guerra Fría ha dejado un sistema inestable, con una hegemonía militar norteamericana, pero con nuevos centros de poder económico (Japón y Alemania en particular).

Las normas de transformación de un sistema a otro, implican un rompimiento de la estructura anterior y una recomposición a nivel global, regional y local. En el caso del derrumbe de la bipolaridad, el rompimiento se dio en el sistema estratégico-diplomático para permitir el surgimiento de un sistema predominantemente

económico aún en su etapa de formación. La desaparición de los intereses estratégicos a nivel global que conllevaron a las superpotencias a intervenir en todas las regiones del mundo eliminó la variable ideológica que sirvió para marginalizar a las cuestiones nacionalista y étnica.

Es precisamente en las zonas de influencia y de equilibrio del sistema bipolar que el retiro de la Unión Soviética y de los Estados Unidos fue más marcado por la fuerte presencia anterior. Los regímenes más integrados lograron resistir el choque de la desideologización, mientras que en las nuevas naciones, los gobiernos que se sostuvieron en el poder por el apoyo de una de las dos superpotencias, se derrumbaron frente al embate étnico o de las nacionalidades dominadas.

Este fenómeno fue muy marcado en el caso de Europa oriental y la ex-Unión Soviética y sobre todo en el continente africano. En este último, los nuevos países que lograron su independencia recién al finalizar la década de los años cincuenta, no habían consolidado su estructura nacional interna y se vieron insertados en la pugna bipolar mundial. Los regímenes autoritarios y basados en un grupo étnico o un clan se consolidaron en el poder por el respaldo de una de las dos superpotencias. Con el fin de la Guerra Fría, las potencias globales perdieron su interés en la cuestión estratégica africana y se retiraron del continente negro, abandonando a sus antiguos satélites. La salida de las grandes potencias conllevó al derrumbe de los regímenes aliados. En pocos meses gobiernos que llevaban más de un década en el poder fueron derribados o se enfrentan a una rebelión abierta: Etiopía, Somalia, Liberia, Zaire, Nigeria, etc.

El caso del Cuerno de África (por su posición estratégica, a la entrada del Mar Rojo) es ilustrativo del fenómeno intervencionista de las superpotencias. Hasta 1974, Etiopía recibió el apoyo norteamericano mientras que Somalia se convirtió en un aliado soviético de 1969 a 1978. A partir de 1974, el gobierno de Mengistu Mariam se acerca a Moscú y el régimen de Siad Barre lo hace con los Estados Unidos en 1978. Los dos sistemas se mantienen gracias al respaldo de Moscú y Washington hasta 1990, cuando los intereses estratégicos se modifican por la caída del

bloque socialista. En un solo año tanto Mengistu Mariam como Siad Barre que llevaban respectivamente 16 y 21 años en el poder, se desmoronan por la presión popular interna. Sin embargo, lejos de constituir un avance hacia la consolidación nacional, la caída de los líderes etiope y somalí provoca en el primero la separación de Eritrea (1993) y en el segundo una larga guerra entre los distintos clanes.

3. LA DISOLUCIÓN DEL PODER

Este análisis (internacional y nacional) no incluye las variables externas regionales que constituyen el detonador de la debilidad interna. En la década de los 60's y 70's una ola nacionalista se desarrolló frente a la hegemonía de las grandes potencias.

"El resurgimiento nacional ha sido la reacción de potencias importantes (particularmente Francia en el Oeste y China en el Este) contra la tendencia de las superpotencias a gobernar el mundo. Esta reacción maduró y se puso de manifiesto a fines de la sexta década y fue este cambio repentino lo que puso en movimiento el vaivén de la motivación de clases y nacional en la política internacional, al empujar hacia arriba al factor estratégico nacional y hacia abajo al factor ideológico de clases"¹³.

El aglutinamiento de las distintas clases y grupos sociales alrededor de la élite en el poder permitió afianzar temporalmente la idea nacionalista. El momento actual es totalmente distinto. La ausencia de la pugna bipolar y las tendencias supranacionales también conllevaron a un resurgimiento de las diferenciaciones internas de los Estados.

Así, retomando la conceptualización de Silviu Brucan¹⁴ podemos definir por integración a nivel nacional "la capacidad que tiene una comunidad política nacional para superar las escisiones y conflictos que hay dentro de la misma, mediante el fortalecimiento y la promoción, a través de la comunicación intensiva, de los lazos comunes y de los intereses particulares de esa nación, con lo cual logra conseguir que la gran mayoría de sus ciudadanos se identifique políticamente con ella. La integración nacional existe en la me-

didada en que el nivel de conflictos sociales internos no rebasa el de la cohesión nacional, es decir, en la medida en que los lazos e intereses nacionales pueden canalizar hacia afuera, con éxito, los conflictos internos".

"La creación de altos niveles de interdependencia ha reducido radicalmente la capacidad de los gobiernos para lograr la autonomía nacional, objetivo central característico del tradicional sistema de Estados"¹⁵. Además, la reducción de las acciones del Estado a ciertas actividades, dejando el aspecto económico a la iniciativa privada, limitó sus capacidades. Durante la época bipolar, la situación de dependencia de los Estados hacia las superpotencias y el intervencionismo estatal permitía extender las prerrogativas del gobierno y lograr una mayor atención a los conflictos regionales. En la posguerra fría, el adelgazamiento del Estado no fue solamente una cuestión económica sino que contrajo sus capacidades de intervención en los campos del equilibrio regional y de la redistribución de la riqueza, base para la integración nacional.

En Europa oriental, el debilitamiento de la élite nacional por el derrumbe del comunismo y la atracción de la integración europea supranacional no permite canalizar hacia afuera los conflictos internos. Al contrario, las perspectivas de participar con el núcleo avanzado europeo (Alemania sobre todo) actúan como un imán sobre las regiones desarrolladas de los países periféricos, porque la "integración supranacional, en nuestra época, no está en la distribución y composición del poder, sino en la real disolución del poder"¹⁶.

La disolución del poder estatal, por la cesión paulatina de varias prerrogativas exclusivas del Estado nacional a las instancias supranacionales, ha minado la posibilidad de la élite central de cohesionar las fuerzas centrífugas y ha consolidado las tendencias separatistas de las regiones más desarrolladas. Por otra parte, el Estado ha tenido que ceder hacia las regiones atributos reservados hasta ahora al centro. Finalmente, la crisis de los mercados tradicionales y la necesidad de repensar la economía en función de los megamercados ha reforzado la tendencia separatista, para una recomposición de los Estados. El uso del peligro comunista o del interés nacional amenazado por las dos superpoten-

cias se volvieron caducos para reforzar la idea nacional frente a la atracción globalizadora.

Sin embargo, para que una institución desaparezca (el Estado-nación tradicional), es necesario que sea reemplazado por otra más adecuada, más eficiente y más efectiva para operar en los mercados a gran escala¹⁷. Mientras la nueva institución no surja, la crisis del Estado-Nación seguirá siendo la gran problemática del fin de siglo. En la cuna del Estado-nación, Europa, varios países, vistos como integrados, se enfrentan a la disolución del poder.

En Bélgica, la zona flamenca, más industrializada que su contraparte valona, ha impuesto a partir de 1993 un federalismo al Estado unitario belga. Los dos partidos nacionalistas flamencos, el Vlaams Blok y el Volkunie totalizan el 20% del voto regional¹⁸.

En Italia, el corazón industrial de la Lombardía vio el surgimiento de un partido netamente separatista con la Liga Lombarda que cuestiona la idea nacional italiana, en particular sus lazos con el país meridional subdesarrollado. La declaración de creación de un nuevo Estado, Padania (que abarca el norte del país), el 15 de septiembre de 1996, refleja esta tendencia separatista que afecta a las regiones desarrolladas de los viejos Estados-Naciones. De la misma manera, el país Vasco y la Cataluña (sobre todo con la victoria del Partido Popular de Aznar, que necesita el respaldo político de los catalanes para poder gobernar) exigen mayor autonomía frente al dominio castellano de Madrid.

La construcción supranacional europea presiona al Estado-nación tradicional, conllevando a un proceso de desintegración estatal para una recomposición global, sobre una base regional. El espacio territorial tradicional nacido de las pugnas interburguesas en los siglos XVIII y XIX, para controlar un "mercado nacional", es insuficiente frente a las necesidades de mercados más amplios. Los megamercados representan las necesidades futuras de las grandes empresas frente a los gigantes japoneses o norteamericanos y su expresión superestructural es la supranacionalidad.

Pero, paralelamente a la supranacionalidad que rebasa a la concepción estatal, surgen nuevas tendencias localistas. "La proliferación actual de

nuevas alienaciones, aliadas a la crisis de la relación de la ciudadanía, mueven al principio de territorialidad y favorecen el surgimiento de un orden socio-político fragmentado y una soberanía estallada. La importancia creciente de las solidaridades comunitarias, el desarrollo de redes sociales rompen los espacios públicos y tienden a dar de nuevo la prioridad a los lazos personales sobre las construcciones territoriales. La banalización de las alienaciones múltiples -nacionales, subcontinentales, religiosas, étnicas, inclusive asociativas- reintroducen formas de construcción social en donde autoridades distintas se superponen y coexisten en el seno de un mismo espacio social, reduciendo hasta los derechos (...) del estado-Nación. Este fenómeno es más patente en la mayoría de las sociedades extra-occidentales en donde el Estado es, muy a menudo, vuelto frágil por su naturaleza exógena e importada, y en donde los lazos de alienación se entrecruzan más y más, recreando concurrentemente solidaridades microcomunitarias muy exigentes y solidaridades transnacionales mas y mas poderosas"¹⁹.

4. OBSERVACIONES FINALES

La atracción de la Unión Europea no solamente actúa sobre sus miembros sino también sobre las regiones desarrolladas periféricas. Tanto Croacia, como la zona checa, los países bálticos, Bielorusia, Ucrania, etc., más industrializados que el resto de sus países respectivos promovieron su secesión para poder insertarse en el proceso integracionista europeo occidental. El colapso del comunismo y el fracaso de las primeras opciones liberales permitieron la disolución del poder, requisito para la demanda separatista.

Este fenómeno de atracción de las zonas desarrolladas se revela, aunque tímidamente, en el caso del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, firmado en 1993 entre Estados Unidos, Canadá y México. La integración regional agudizó el sentimiento separatista de la provincia de Quebec que se demostró con el referendun de octubre de 1995, en donde el sí a la independencia logró casi el 50% de la votación.

En el caso mexicano, la zona norte del país, por su cercanía geográfica y su ventaja comparativa en relación con el sur, ha atraído la mayoría de las inversiones estadounidenses, permitiendo así una elevada inversión. Por otra parte, la incapacidad actual del gobierno por su adelgazamiento y su crisis crónica, no permite al Estado actuar como factor redistributivo de la riqueza nacional. La conjunción de estos dos fenómenos puede conllevar a agudizar las diferencias regionales entre un norte dinámico e integrado al vecino septentrional y un sur rezagado y subdesarrollado. De confirmarse estas tendencias, el problema separatista del norte del país se plantearía a mediano plazo cuando el desequilibrio regional se interpretará como un freno al avance de la región norte.

NOTAS

- 1 Director del Departamento de Relaciones Internacionales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Monterrey. Autos de varios libros sobre política internacional.
- 2 Todos los autores marxistas del siglo pasado y de principio de este siglo han anunciado la inminente muerte del nacionalismo, por ejemplo cfr. la obra de José Stalin de 1912 sobre *La cuestión nacional*, México, INAH, 1973.
- 3 Cfr. Ohmae, Kenichi. *The end of the nation-state . The rise of regional economies*, Nueva York, The Free Press, 1995.
- 4 Luis Javier Garrido "La crítica del neoliberalismo realmente existente" en Chomsky, Noam y Heinz Dieterich. *La sociedad Global. Educación, Mercado y Democracia*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1995, p.8
- 5 Gottmann, Jean. *La politique des Etats et leur géographie*, París, Ed. Colin, 1952, p. 228, citado en Jean-Baptiste Duroselle *Tout Empire périra. Théorie des Relations Internationales*, París, Ed. Colin, 1992, p.60.
- 6 CAME o COMECON: Mercado común de los ex-países socialistas fundado en 1959 y disuelto en 1990 con el derrumbe del bloque soviético.
- 7 KANGAS, Roger D. "Problems of State-Building in the Central Asian Republics" en *World Affairs*, verano 1994, Vol.157, No. 1, p.29.
- 8 Cfr. Deutsch, Karl W. *Nationalism and Social Communication*, Nueva York, MIT, 1953 y en particular *El nacionalismo y sus alternativas*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- 9 Los conceptos utilizados por Deutsch pueden resumirse como: estructura general (vías de comunicación, población, religión, lengua común, etc.), comunicación (Key-markets, medios de comunicación de masas, correo y teléfono, medios electrónicos), movilización (efecto de demostración o impacto de la modernización, monetarización, difusión del alfabetismo, urbanización, migraciones) y asimilación (costumbres lingüísticas y culturales, aprendizaje del idioma "nacional", frecuencia y alcance de la comunicación, valores recibidos, identificación a los símbolos).
- 10 ROURKE, John D. *International Politics on the World Stage*, Connecticut, The Dushkin Publishing Group, 1993 (4a Ed.), pp. 182 y 169.
- 11 Sin hacer un análisis exhaustivo podemos mencionar los casos de los valones en Bélgica, de los lombardos en Italia, de los castellanos en España, de los checos en la ex-Checoslovaquia, de los rusos en la ex-Unión Soviética, etc.
- 12 KAPLAN, Morton A. *System and Process in International Politics*, Nueva York, 1957, pp.22-55 citado en Celestino del Arenal. *Introducción a las Relaciones Internacionales*, México, Ed. REI, 1993, p.224.
- 13 BRUCAN, Silviu. *La disolución del poder*, México, Ed. Siglo XXI, 1974, p. 38.
- 14 *Idem.*, p.25.
- 15 MORSE, Edward L. *Modernization and the transformation of International Relations*, Nueva York/Londres, 1976, p.9 y 10.
- 16 *Idem.*, p.32.
- 17 Cfr. a la ponencia de SCHMITTER, Philippe "If the Nation-State were to wither away in Europe, What might replace it?" presentada

para el Coloquio "El futuro del Estado-Nación", Uppsala University, Finlandia, 22-25 de marzo de 1995.

18 GOVAERT, Serge "Flander's radical nationalism: how and why the Vlaams Blok ascen-

ded" en *New Community*, Vol.21, N. 4, octubre 1995.

19 Badie, Bertrand. *La fin des territoires. Essai sur le désordre international et sur l'utilité sociale du respect*, Paris, Ed. Fayard, 1995, p.33.

Los conceptos utilizados por Flanders pueden ser entendidos como conceptos generales, así como también como conceptos específicos, según los contextos de aplicación. Así, en el caso de Flanders, el concepto de "nación" puede referirse a la comunidad de habla flamenca y a la comunidad de habla neerlandesa, o bien a la nación de Flanders en su totalidad. En este sentido, el concepto de "nación" puede ser entendido como un concepto general, que abarca a ambas comunidades lingüísticas y culturales, o bien como un concepto específico, que se refiere a una de ellas. En este sentido, el concepto de "nación" puede ser entendido como un concepto general, que abarca a ambas comunidades lingüísticas y culturales, o bien como un concepto específico, que se refiere a una de ellas.

KOJIKÉ, John D. *International Relations: The World After Communism*, The Guilford Press, 1993 (4a Ed.), pp. 152-153.

Se trata de un estudio exploratorio que intenta explicar los cambios en las relaciones internacionales en la América Latina. El estudio se centra en los cambios en las relaciones internacionales de los países latinoamericanos desde la década de los sesenta hasta la actualidad.

KALININ, Alexei A. *Journal of Peace Research*, 1992, Vol. 19, No. 1, pp. 1-12.

BRUNAN, Silvio. *La diplomacia del poder*, México, Ed. Siglo XXI, 1974, p. 72.

MORSE, Edward L. *Modernization and the Development of International Relations*, Nueva York, 1978, p. 10.

Este artículo se refiere a la diplomacia del poder en la América Latina.

Este artículo se refiere a la diplomacia del poder en la América Latina.

En este artículo se analiza el concepto de "nación" en el contexto de la América Latina. Se discute cómo este concepto ha sido utilizado por los autores para explicar los cambios en las relaciones internacionales de los países latinoamericanos. Se argumenta que el concepto de "nación" puede ser entendido como un concepto general, que abarca a todas las comunidades lingüísticas y culturales, o bien como un concepto específico, que se refiere a una de ellas. En este sentido, el concepto de "nación" puede ser entendido como un concepto general, que abarca a todas las comunidades lingüísticas y culturales, o bien como un concepto específico, que se refiere a una de ellas.

Director del Departamento de Relaciones Internacionales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Monterrey. Autor de varios libros sobre diplomacia internacional.

Los autores agradecen al editor y al personal de esta revista por su apoyo y colaboración en la publicación de este artículo. El artículo fue escrito en el mes de mayo de 1995 en la ciudad de Monterrey, México. E-mail: jk@itdm.mx

Dr. Enrique Krauze. *The end of the world as we know it: The rise and fall of the superpowers*, New York, The Free Press, 1994.

Las ideas expresadas en este artículo son únicamente las del autor y no necesariamente las de la revista. Este artículo se publicó en la revista *Estudios Políticos*, Vol. 19, No. 1, pp. 1-12.

Este artículo se refiere a la diplomacia del poder en la América Latina.

CAME o COMETON. *México como potencia regional*, México, Ed. Siglo XXI, 1977, p. 10.